

En Mayo florecen los jazmines

Martiniano Acosta



Cuentos



En mayo florecen los jazmines

Cuentos

Martiniano Acosta

Martiniano Acosta
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798864781210
Depósito Legal: ZU2023000317

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Como bandera al viento

“Toda felicidad atrae la furia de las Parcas”

Louise Glück

No era la primera vez que la Muerte pasaba por el barrio, sobre todo cuando venía de largos viajes, feliz de estar desapareciendo poblaciones, ciudades y naciones, en medio de pestes, guerras y terremotos.

Era viernes de Carnaval. El jolgorio la detuvo y se quedó observando, con ira contenida, que bailadores y bailarinas, cantantes y músicos, contadores de chistes, tomadores de trago, fumadores, pendencieros y pacifistas, todos disfrazados, seguían departiendo alegres, fumando en redondel sin que nadie se percatara de que la mezcla del humo de los cigarrillos, del polvo y de la maicena los envolvía y luego se diluía lenta hacia el cielo.

El regocijo parecía ir in crescendo igual que el calor, pero mitigado milagrosamente por las cervezas heladas. Sin más dudas, la Muerte se decidió.

—¡Llegó el disfraz de la Muerte! —vociferó alguien disfrazado de Murciélago.

La Muerte quiso aparecer sin mucho ruido, sin aspaviento, como el humo pausado de los cigarrillos, pero la impertinencia del Murciélago la delató, el mismo que con el rostro embadurnado de tintura blanca la invitó a sentarse: —No conozco su nombre, no sé de dónde viene, ni sé quién es, pero es bienvenido. Acomódese en este banquito de madera.

Antes de cumplir la invitación del caballero, la Muerte se ajustó el pantalón negro a su cintura delgada, puso la vara larga en el suelo y ladeó diplomáticamente su cabeza como haciendo un paneo y se sentó; sin embargo, sentía incómodo el banquito.

A algunos les disgustaba que el visitante se los quedara mirando con agudeza como señalándolos. A otros, en una actitud incomprensible, la Muerte les sonreía con candidez y, al rato, con enojo o con aire socarrón.

Para ellos, divertirse era una felicidad circular. Era un entusiasmo palpable, una muestra de amor por la vida, olvidarse por largos momentos de los sinsabores de la pobreza, de la inocultable miseria y de la sempiterna violencia. Sin duda, la actitud de los hombres y mujeres enfurecía a la Muerte.

La Muerte también reflexionaba. Estaba segura de que a ese grupo de hombres no le pasaba por la mente, ni siquiera de manera fugaz, la idea de morir. Por ese motivo, se atrevió a preguntar con acento irónico a la persona que tenía a su lado:

—Me asaltan tres preguntas: ¿Ustedes son los únicos hombres que no tienen problemas?, ¿no sufren enfermedades?, ¿o son desempleados?

—Sí tenemos deudas y lloramos por tanto sufrimiento, tratamos de darle solución a los conflictos, pero a la vida hay que sonreírle siempre. Yo le digo una cosa, nosotros creemos que la felicidad también es un problema de actitud, de actitud positiva.

—¡Viva la vida, carajo! ¡La vida también es un carnaval! —alguien gritaba, saltaba y untaba de espuma

blanca los rostros de los asistentes.

La Muerte, antes de sumirse en un silencio lúgubre, se sintió tan molesta por los gritos que los huesos de sus mandíbulas crujieron de inusitada violencia.

—Con este calor, una cerveza le cae del carajo.

La Muerte flaqueó, pues era la primera vez que le ofrecían licor. La agarró y la alzó a la altura de sus cuencas vacías, la examinó como quien mira unos lentes empañados, agitó el líquido y se la bebió en milésimas de segundos. Un grupo de mujeres bailarinas encapuchadas se asombró de la rapidez con la que se bebió la cerveza. Incluso, aplaudieron e hicieron correr el rumor de la habilidad de la Muerte para tomar cerveza. La Muerte entendió la celebración y se apresuró a solicitar otra cerveza y otra más. Esta vez, limpió el borde de las botellas con sus dedos largos y las ingirió más rápido que las anteriores.

Uno de los fumadores, encendiendo un cigarro, le murmuró a un colega:

—¿Le viste las manos a ese disfraz? ¿Me parece extraño? Sus manos están en el puro hueso.

—Creo que lo que has fumado o bebido ya te está haciendo efecto. Esa visita no es ninguna cosa rara, es un forastero, un inmigrante. Y nosotros a nadie le negamos una cerveza.

Mientras en el redondel se proponía el juego del beso o de la jornada del bailoteo en círculo, el mareo fue tomando cuerpo en el esqueleto de la Muerte. Aturrida por el licor, se levantó con diplomacia, trató de arreglarse la camisa negra, volvió y se acomodó en el

asiento, y con gesto de caricia maternal deslizó sus dedos por el gancho puntiagudo.

Después soltó tres frases, en voz baja, pero con tono riguroso:

—Deliciosas las cervezas. Gracias por su cortesía. Mañana sábado regreso.

Nadie escuchó lo que dijo porque casi todos estaban animados en el baile del trencito y bañándose con polvos de tocador.

Ese viernes por la tarde se desgajó un aguacero tenaz en Bahía del Mar. La lluvia no los dispersó, al contrario, los agrupó, pues ellos consideraban que juntos recibirían mejor el agua bendita que venía del cielo y les disminuiría los efectos de la embriaguez. Los relámpagos y las centellas no se hicieron esperar, pero fueron incapaces de asustarlos y desunirlos.

Por lo tanto, todos siguieron ingiriendo cerveza y whisky, bailando desenfrenadamente salsa, porro, vallenato y champeta; algunos conversaban sobre temas triviales, bajo la lluvia intensa mientras otros lanzaban a montones las botellas por toda la calle después de escanciarlas y las 304 canastas vacías fueron colocadas una encima de las otras, alcanzando la altura de un edificio de 10 metros. Para las últimas canastas no fue necesaria una escalera porque fueron tiradas desde abajo y estas caían precisas en lo que parecía la azotea de un edificio futurista.

Despuntó el sábado de carnaval con un sol luminoso y, desde la misma esquina de la calle, la Muerte volvió a observar a los hombres y mujeres que seguían igual,

como si fueran inmunes a la borrachera y al trasnochito. No paraban de tiznarse los rostros, derrochando el mismo alborozo inquebrantable con el que comenzaron la parranda.

En esta ocasión, el banquito estaba esperando a la Muerte. Al momento de acomodarse, alguien le dijo:

—Pensé que se le había olvidado la cita.

—Lo prometido se cumple y yo soy más puntual que un inglés.

—¿Se toma una cerveza?

La Muerte no titubeó esta vez. Al contrario, el mismo ambiente festivo la envolvió e hizo un gesto afirmativo, solicitando que se la trajeran sin destapar. Estiró el brazo huesudo y llevándosela a su dentadura, apriñó el cuello de vidrio y de un solo tirón, la destapó. Alguien sorprendido exclamó:

—¡Vaya, qué fuerza en esa mandíbula!

La tapa de la botella hizo un círculo amenazante y cayó tintineando cerca de una pareja de jóvenes que bailaba vallenato, tan juntos, tan enredados que parecían un solo cuerpo.

—Ustedes me acompañarán esta noche —dijo la Muerte con fuerte acento nasal.

—Claro, basta que me des la dirección y te llevamos, ¿cierto, mi amor? —dijo el joven entusiasmado.

En silencio, después de muchas cervezas ingeridas, la Muerte cavilaba en la misma idea, intentaba entender el porqué de tanto gozo, tanta alegría desbordante si en el entorno de todos había un pozo repleto de indignación, de miseria y de frustración.

La Muerte recompuso su camisa negra, ajustó su pantalón, miró la rústica vara larga y blanca cuyo gancho terminaba en una punta ansiosa y, entre inquieta y nerviosa, metió sus manos en los bolsillos.

Esa noche bebió más de la cuenta, participó en un karaoke y, obligada por las mujeres, cantó y bailó retorciendo su esqueleto hasta llegar al suelo para luego brincar y señalar a alguno de ellos con el hueso largo de su dedo índice a manera de amenaza. La gente, a su alrededor, estaba contenta con el espectáculo.

Tarde la noche, la Muerte recogió su largo gancho de color blanco y, antes de despedirse, les recordó que regresaría mañana domingo de carnaval. Algunos prestaron atención. Otros se hicieron los desentendidos. Y la Muerte, en su afán de desaparecer, tratabilló tropezando con el banquito y, al avanzar, todos notaron el arrastre de sus huesudas piernas. A pesar del mareo, ella dobló la esquina, bajo la luminaria del poste, perseguida por una jauría que le ladraba y por un coro de voces borrachas que le gritaba:

—Aquí estaremos, mañana domingo, divirtiéndonos como siempre. No tendrá necesidad de buscarnos.

El domingo de carnaval se vino tan rápido como vuelo de pájaro, y hombres y mujeres continuaban allí festejando su tradición popular. El edificio de canastas había crecido tanto que iban casi 500 canastas lo que implicaba un piso más arriba. Por lo tanto, se vieron en la necesidad de construir una escalera larguísima que llegara hasta el cielo y que les permitiera subir 20 cajas vacías en equilibrio perfecto.

En las horas de la tarde de ese domingo, la Muerte se presentó menos amigable.

—¡Sáquenla de aquí! —gritó alguien entre el grupo. La respuesta de la Muerte fue el crujir de sus maxilares y el bailoteo de la vara larga de color blanco que finalizaba en un gancho punzante que ella esgrimía frente al rostro de los hombres y mujeres quienes continuaban bebiendo, bailando y desparramando la misma alegría. Muchos no gastaron tiempo en interpretar la frase que alguien había gritado ni repararon en el disfraz del visitante porque el baile disoluto, la música a alto volumen, el ron y la cerveza a cántaros se encargaron de anular todo momento de reflexión. Sin embargo, pocos hombres cayeron en la cuenta de que la actitud de la Muerte era de irrespeto y con solo mirarse entre ellos, se le fueron encima, derramando cientos de cerveza sobre su esqueleto. En medio de un pataleo inútil, se las embutían por la boca, por las cuencas de tal manera que un río de cebada desbordante surgió de sus costillas. En mitad de aquella lucha desigual, el edificio de canastas vacías se les vino abajo formando un estrépito como derrumbe de piedra. Las canastas flotaban en el río de cerveza y se las llevaba como botellas arrojadas al mar.

Entrada la madrugada del lunes y escurrido todo el líquido, la Muerte sacudió su ropa mojada, limpió su osamenta y pretendió dar varios pasos, pero caminó en zigzag; de inmediato, buscó apoyo en la guadaña para no caer al suelo. Todos se burlaban de la Muerte porque estaba borracha y percibían su olor a cerveza

fermentada. En ese estado deplorable, pudo avanzar, despidiéndose de manera enfurecida:

—Estoy enojada con todos ustedes. Pero el martes regresaré —alcanzó a decir en tono alto.

A raíz de su actitud, algunos criticaron su terquedad de querer regresar. Otros quedaron desconcertados. Ese fue el único instante en que la fiesta se paralizó. El silencio se volvió aire pesado y todos fijaron la mirada en la Muerte que, en la esquina del barrio, era perseguida por aullidos de espanto. También vieron bailotear la vara larga como bandera al viento, apartando los animales. A sus espaldas, quedaba la fiesta infinita en la que se oía una sola voz:

“Este es el amor, amor,
el amor que me divierte:
cuando estoy en la parranda,
no me acuerdo de la muerte”.

El martes de carnaval, entierro de Joselito, el día amaneció envuelto en cenizas y el único que extrañó el ambiente y la ausencia de la Muerte, fue el banco de madera.

Campanazos de libertad

*A Josefa María Blanco Pérez
y a todos los obreros caídos en la
Matanza de las Bananeras
el 6 de diciembre de 1928, en la
estación del ferrocarril de Ciénaga.*

Aquí en este suelo agrietado en donde yo hice de cocinera durante los días de la huelga, he visto crecer la hierba y la verdolaga y aquí también escuché por primera vez la risa escandalosa de Nicolás.

Pienso en los fusiles que segaron la vejez y la niñez, pienso en los muertos y en los heridos que *caían como racimos de guineo* recién cortados. Los soldados disparaban a todo lo que se movía. Hasta burros mataron esa noche. Inútiles mis gritos pidiendo que me dejaran ir hasta la estación del tren, nadie me lo permitió, sólo me lanzaron estas palabras: “ya no es necesario que vayas, Josefa María, el General Cortés Vargas ya asesinó a toda la gente”. Me quedé como en el limbo, mientras ellos repetían: “a todos los obreros de la manifestación los han matado, y eso es levante muerto y échelos al mar. Dicen que algunos fueron echados al mar, todavía vivos”. Elevé los ojos al cielo y le grité a Dios por qué permitía semejante atrocidad con los hombres que él mismo había creado. Y la gente que me rodeaba, llorando, me volvía a decir: “Josefa María, sólo dejaron nueve muertos en la es-

tación, iguales a los nueve puntos que exigimos”. Y el llanto me apretujaba la garganta y los pies parecían pegados a la tierra.

Aquí estoy mirando la inmensa olla del sancocho vieja y vacía, sin el espiral del humo, y la larga mesa a la que se sentaban los comensales.

Los dueños de la empresa bebían vino, ron y whisky, se adornaban con joyas brillantes, se arrellanaban en su casa protegiéndose con mallas de anjeo contra el mosquito, vivían cómodos y gastaban el dinero en lujos porque ya no les cabía en los baúles.

Nosotros vivíamos de la piedad. Sufríamos los estragos de su ambición y de su desmedido poder. Me vuelven a la memoria las palabras que me detuvieron aquella mañana: “pero Josefa María, qué vas a hacer a la estación de Ciénaga si ya Cortés Vargas mató a todos los compañeros”.

Recuerdo que yo les respondí, en un arranque de rabia, que todo lo que ellos decían eran puras mentiras, que el enemigo sólo quería disociar a los huelguistas. Quizás deseaba en aquel momento que todo fuera falso pero la realidad con las noticias fue abrumadora. Cuentan que únicamente la gente en la huelga alcanzó a gritar: “¡Viva la...!” , porque el resto de la frase fue ahogado por el tableteo de las ametralladoras que duró cerca de diez minutos. Después el silencio fue aplastante; cayó como una viga de concreto en el lomo de un perro hambriento.

Antes de la matanza me agradaba meterme en los guineales y perderme con Nicolás Fernández, un ve-

nezolano que vino a probar suerte en la Zona y yo le decía: “Nico, encontraste todo aquí, hasta mi amor”. Qué bellos reflejos los de un sol moribundo entre las hojas de guineo pero más hermosos eran los besos dulces que Nicolás me daba en la boca.

“Déjenme llorar, déjenme sola, quiero llorar”, les decía a mis vecinas ese horrendo día. Recuerdo que logré escapármeles. Entonces, visité más de diez fincas a pie o montada en un burro, llevando la noticia y aconsejándole a la gente que se cuidara porque toda la tropa del General andaba reprimiendo y disparando contra todo el mundo en cualquier parte sin preguntar siquiera qué estaba haciendo.

Después, regresé a este mismo campamento, extenuada y perseguida por algunos soldados. Noche larga, negra y horrible. Pero lo que sí es cierto es que el general Cortés Vargas también tuvo que pasar la peor de las noches porque más de mil muertos pesan en la espalda, en las manos, sobre todo, en la conciencia y para toda la vida.

¿Y ese militar si tendría conciencia? Me preguntaba repetidas veces. Antes de la masacre de los obreros en la estación de Ciénaga ya me había casado con Nicolás y juntos colaboramos con los huelguistas. Yo les cocinaba en esta olla gigantesca. Él, Nicolás, les colaboraba en la compra de las reses para el almuerzo y la comida mientras se mantuviera la huelga.

Aquella noche, al pueblo de Ciénaga tal vez lo cubrió una neblina de luto y silencio y horror y la corneta del toque de queda sonaría por encima del dolor de los vivos.

Recuerdo que, además de ser cocinera, tuve a mi mando cien hombres para redoblar las fuerzas; fui obrera de los obreros. Yo era la secretaria del presidente del Sindicato y Nicolás me encomendó que me encargara del personal. Tenía bajo mi responsabilidad un escuadrón de cien hombres. Y salíamos a vigilar la Zona para que los jornaleros no fueran a trabajar. De noche, nos metíamos en los guineales y cuando presentíamos el acercamiento de un carro, salíamos al encuentro, todos en grupo y lo requisábamos. Ahora recuerdo que mi única arma era una cabuya.

Nicolás ya me había dicho que él vislumbraba que las cosas iban a ponerse peor, por eso me había prometido: “Josefa María, donde muera yo, mueres tú”. Y yo le respondía con el alma llena de lágrimas que claro, siendo mi esposo tenía que morir donde muriera él.

Con mucho dolor ahora, sobre este suelo agrietado, recuerdo a mi Nicolás. Mi corazón desbordó de ansiedad cuando me informaron que lo habían herido en una pierna y lo habían tomado preso. No sé qué me dio. Sentí como si todos mis huesos se hubieran gelatinado: no podía levantarme, menos correr. La confusión y la preocupación aumentaron. El ejército había roto el silencio de nuestras noches y centenares de hombres debieron huir hacia los montes como chivos perseguidos. Sin embargo, yo no tomé el camino de la montaña sino el de Ciénaga para buscar a mi Nicolás. Cuando pisé aquellas calles calientes y salitrosas, dañadas por el terror y en donde aún permanecían los lamentos de los heridos, una mano de

soldado me tomó de repente, me empujó y me condujo a una casa grande cerca de la plaza principal que hacía las veces de cuartel del ejército. Me acusaban de portar el pabellón nacional durante la huelga; me negué. Me acusaban de formar parte de la cuadrilla de malhechores. Me negué.

Entonces, me dejaron en libertad y seguí en mi búsqueda. En el amplio patio de la casona reposaban soldados con el pecho desnudo. Otras tropas empujaban a una fila de hombre barbudos y en harapos, tomados prisioneros. Los maltrataban y les insultaban como a animales. Los iban metiendo en cuartos oscuros a manera de calabozos. Recorrí con el frío del miedo cada hilera de detenidos. Indagué en cada rincón por Nicolás. Averigüé, en los segundos que me permitían, por un hombre así y asao, hasta que alguien como que me vio la angustia asomada a los ojos, se acercó y me preguntó, a quién busca, señora. Yo le dije, busco a Nicolás Fernández. “¿A Nicolás Fernández?” La persona quedó pensativa, mirando sin mirar, y me dijo: “Lo trasladan para Bogotá, ya debe de estar partiendo el vapor en el que se lo llevan junto con otros huelguistas”.

Me dirigí al puerto de Las Mercedes. El vapor “Valdivia” estaba listo para zarpar. Tuve la sensación de haber recorrido todo el mundo. Vi a mi derecha, más allá de un corto desierto de salitre y aguas rojas, el mar vasto, revuelto y hermoso y me sentí tan menuda como un grano de arroz, pero el valor que da el amor me hizo ser grande, atrevida, valiente.

Cuando subí a la cubierta del vapor le pregunté al oficial que si en ese barco iba un hombre llamado Nicolás Fernández que era mi esposo. Insistí. El oficial me preguntó que si quería irme con ese tal Nicolás; yo le dije que sí. La respuesta me produjo una alegría tan inmensa que casi me da un desmayo en la cubierta, y más aún, lloré de felicidad como una niña, cuando me gritó, ¡embárquese, pues! Y me encontré con Nicolás, mi gran Nicolás.

Lo tropecé al final del pasillo, con otros dos hombres, compartiendo un camarote estrecho. Aún estaba con la pierna hinchada. Mostraba una barba de varias semanas y la flacura se le notaba en lo ancha que le quedaba la camisa. Nos besamos delante de ellos. La pasión o mis lágrimas hicieron que los dos hombres salieran y no volvieran a aparecerse en el transcurso del viaje, que duró, si no estoy mal, toda la mañana y parte de la tarde. Llegar a Barranquilla, sin embargo, me produjo desazón en el alma porque Nicolás dejó de ser cariñoso y lo envolvió un silencio que me recordó los días previos a la masacre.

Mi corazón parecía un vaso de cristal, a punto de quebrarse. Y la tristeza me produjo un dolor en el pecho cuando Nicolás, en la proa del vapor, me dijo lo que no quería escuchar, que me devolviera, que qué iba a hacer a Bogotá, que allá iba a quedar sola, rondando por ahí como una mala hora, que lo mejor era que me devolviera para que siguiera en la lucha sindical. Por eso, con todo el peso de la angustia, con todo el dolor del adiós, yo le hice caso.

En la distancia —y con el paso de los años— aún sigo pensando que Nicolás volverá a sonreírme, a buscar el calor de estas tierras. Sé que regresará.

En este suelo agrietado en donde cociné durante los días de la huelga, vi crecer la hierba y escuché las risotadas escandalosas de Nicolás, también siento el regreso de las voces alegres de los obreros que van llegando para tomar sitio en esta mesa renegrida por los años. Son otros, pero para mí, que dejé de vivir hace mucho, son los mismos, ellos, que aún ríen y suenan a mis oídos como campanazos de libertad en diciembre, cuando el sol es más puro y la brisa amenaza en las montañas vecinas con acabar el mundo.

En mayo florecen los jazmines

A Álvaro, mi vecino

No había fin de semana ni día festivo en que no escucháramos los boleros suaves, la salsa de ritmo desenfrenado, las baladas de los años setenta y una que otra vez, por descuido, una champeta, desde la terraza de nuestro vecino, logrando que la música nos hiciera olvidar el tedio de los domingos y el infierno del calor.

Hasta la música es amor, es salud, nos decía mientras bailaba sus sesenta y cinco años.

Tampoco hay que olvidar al vecino con su cabello estucado, con su caminar rápido y con una sonrisa permanente que parecía decir: “buenos días, vecino”. Se levantaba antes que el sol, a barrer la terraza y a recoger las hojas que el árbol de olivo le dejaba a montones por las noches.

Tenía costumbres inseparables. Se pasaba las horas arreglando objetos eléctricos, leyendo o escuchando música sentado en la mecedora desde un rincón de la terraza. El perro, a su lado, dormitaba, haciéndole compañía. Por las mañanas, nos invitaba a ejercitar las piernas realizando una corta caminata junto con todos los amigos de la cuadra; luego, disfrutábamos de la mañana y, al tiempo, saboreábamos un pocillo de café tinto para aumentar o recobrar energías. Nos encantaba ver y escuchar, a varios metros de nuestros hogares, la agitación de la gente y el pitar enloqueci-

do de autos, carros y motos por toda la avenida que señalaban el carnaval de la vida.

Hasta que un día un “sicario” coronado de maldad, llamado Covid- 19, apareció disparando sus dardos letales y se tragó el bullicio de toda la avenida, apagó la música de la terraza; en general, aplastó el progreso de las ciudades y, contrario a todo lo que sucedía, nos dimos cuenta de que el esplendor del planeta florecía, por lo menos, como un girasol gigante.

Los lazos de amistad y la comunicación se rompieron como copa de cristal entre nosotros. Asomarse, a través de los ventanales, era sentir más soledad. Veíamos la terraza del vecino forrada de un silencio mortificante e igual ocurría con las nuestras. Las cosas parecían haber perdido movilidad o, más bien, se hallaban envueltas en una pesadez que nadie entendía. Ni el perro del vecino asomaba su hocico rosado, pensábamos que, tal vez, fue confinado en el patio trasero. Sin embargo, percibíamos que, desde la copa de los árboles de la cuadra, una cantidad de pájaros extendían sus cantos por toda la calle, sirviéndonos de alimento espiritual en medio del aislamiento. Los jazmines, los arbustos, el césped, los veíamos devorados por una languidez de agua lo que producía ausencia de olor y de blancura.

Sentíamos el poder arrasador del virus, incluso, creíamos que era hasta peligroso pensarlo. El contagio provenía de hablar, de tocar, de saludar o de abrazar a alguien o estar cerca de él. Por lo tanto, afuera, imperaba el caos en la ciudad, en el país, en el plane-

ta debido a las distintas noticias, falsas o verdaderas, que circulaban sobre el coronavirus.

Sin embargo, a pesar de las semanas parsimoniosas y repetitivas, supimos que el día más anhelado llegó a través de gritos y de bocinas, pero lo que más nos animó a entender la libertad, fue escuchar la música de nuestro vecino.

A partir de entonces, alcanzamos a sentir, en el fondo de nuestros corazones, que, gracias a la resiliencia de ahora en adelante, ya no seríamos los mismos. Vendrían innovaciones, cambios en el ser humano porque ya nada sería igual.

Insistimos que fue la música la siembra de un nuevo aliento, aliento de libertad, sobre todo, cuando escuchamos la canción “La vida es un carnaval” de Celia Cruz, que salía a todo volumen de la casa del vecino. Nuestros corazones palpitaron acelerados oyendo aquella voz femenina, clara y potente:

“Ay, no hay que llorar

Que la vida es un carnaval y es más bello vivir cantando

Oh oh oh ay no hay que llorar

Que la vida es un carnaval y las penas se van cantando...”

4 de mayo de 2020.
Santa Marta, cerca del mar.

¿Quién ha visto a Donaldo?

*“Mi martillo y mi cincel
van labrando mi lamento”*

(El carpintero del amor, Andrés Cepeda)

Desde el día en que aparecieron otros dos cadáveres tirados en la cancha de básquet, cercana al mar, la vida del carpintero Donaldo García cambió para siempre. Tanto lo envolvió la incertidumbre de aquella mañana que el ánimo se le quebró como copa de vidrio.

Ese lunes, se levantó temprano y se vino corriendo por toda la calle, poniéndose la camisa a cuadros rojos y las gafas que no se le sostenían. No alcanzó a escuchar lo de los tres meses de embarazo de Karen, su mujer, ni agarrar el pocillo de café tinto que ella amorosa le extendía ni tampoco, por la premura, pudo fumarse el segundo cigarrillo. O sea que, en aquellos momentos, la situación estaba tan apremiante que no tuvo tiempo de tomar el encendedor, manipularlo y satisfacerse con esas largas fumadas que, lo más seguro, calmarían sus nervios.

El entorno se componía de gente que iba y venía como hormigas. Se hablaba de que esos jóvenes pertenecían a la primera línea del paro nacional desarrollado tres meses atrás contra el gobierno por la falta de empleo, por la inseguridad, por la pésima salud y educación. Los lamentos se encaracolaban en los oídos de Donaldo y lo azoraban. También le llegaban

algunos acordes de guitarras que acompañaban una voz fina que cantaba “Yo tuve un amor que en mi corazón/Trazó marcas negras/Y de la viruta que ahí quedó/Nacieron mis penas/”.

Era como si en Bahía del Mar la muerte anduviera suelta de madrina y los bahiamarianos tuvieran la certeza que de cualquier esquina o calle saltaría un disparo que acabaría con sus vidas. Las noticias no traían otra cosa distinta sino robos de autos, de bicicletas, hurtos a mano armada. Ocurrían crímenes tan salvajes que no se concebía que un ser humano le cometiera tantas barbaridades a otro. El clímax de la situación indicaba que la obsesión de matar había pasado los límites de la razón.

A Donaldo el espectáculo de los dos cadáveres sobre la cancha no le cayó muy bien, sintió temblor o mareo, dejándole la mente en blanco por unos minutos. Un amigo le vio lágrimas en los ojos y le dio una palmadita en la espalda, tratando de reponerlo. Tuvo un relampagazo de lástima cuando pensó que habían apagado el futuro de esos jóvenes y habían callado sus voces. Y lo que Donaldo no quería hacer, lo hizo: repasar los cuerpos de arriba abajo, así como lo hacía en su oficio de ebanista para descubrir si la madera era buena o mala para muebles finos.

Así que fijó sus ojos en el asqueroso manchón rojo del pecho y luego en el mango de madera del cincel. Lo recordó tan nítido como la tarde aquella en que se dedicó a marcar con las iniciales todas las herramientas de su taller de carpintería, herramientas que no

solo le servían para tallar la madera sino para cuando los vecinos llegaran a prestarlas. Justamente el cincel que, ahora veía por desgracia, se lo habían dado por perdido seis meses atrás. Las imágenes lo atropellaban, lo desubicaban y él se veía también tirado en la cancha a causa de un infarto. El malestar lo incomodó tanto que sacudió su cabeza, pasó sus manos por la cara como queriendo arrancar la telaraña de la ansiedad y, entonces, sintió que se le removían las aguas de la culpa con más intensidad.

Incluso, Donaldo llegó a pensar que el sol estaba raro porque caía exactamente en el lado izquierdo del pecho de uno de los cadáveres en el que el asesino hundió, sin asco, el cincel, y estaba seguro de que había sido hundido a golpes de martillo, dejando a la vista el mango de madera marcado con las iniciales de su nombre en altorrelieve, talladas con cuchillo muchos meses atrás. A Donaldo le bajaba un sudor helado por el cuerpo mientras la angustia le subía por los pies. Son esos sinsabores de la vida que no se le desea a nadie.

Las críticas crecían en las redes sociales y en las que se leían que casi todos los jóvenes asesinados eran activistas cívicos, líderes comunales, miembros de grupos folclóricos, estudiantes universitarios, músicos, cantantes. Otros rumores afirmaban que lo que había era un asesino en serie. Fue entonces cuando la fuerza pública habló de un plan “Candado” nacional y de pagar una suma millonaria para quien diera detalles sobre el autor o los autores de los crímenes.

Como consecuencia de los sucesivos crímenes en distintas partes de Bahía del Mar, los días lunes parecían llegar grises y cubiertos de un luto riguroso. A Donaldo le costaba trabajo entender esas muertes reiteradas y tenebrosas que rayaban en actos de locura contra otros seres humanos. Daba la sensación de que el mundo estaba enfermo de esquizofrenia.

En los breves momentos que Donaldo estuvo al lado de los cadáveres, vio que una anciana, vestida de negro, se deshacía en lágrimas y, en medio del dolor, contaba anécdotas de uno de los difuntos. De repente, un hombre alto, en camiseta deportiva, de músculos hechos a punta de ejercicios diarios, apareció gritando y regañando a la anciana.

—¡Tú eres pendeja, qué haces ahí llorando a alguien que no es nada tuyo! ¡No te das cuenta de que ninguno de ellos es tu nieto, tu nieto está durmiendo en la hamaca! ¡Esos muertos son ajenos, dicen que son del otro barrio!

Ella estremeció por los brazos como si fuera una muñeca de trapo y, al final, la tuvo que cargar para llevársela.

Un grupo de muchachos no dejó de burlarse del hombre y de la anciana hasta que ambos se perdieron en el cruce de la otra calle. Ese mismo grupo corría, saltaba y encestaba. No se interesaban en los cadáveres, al contrario, seguían lanzando el balón de básquet en la canasta averiada. El golpeteo del balón parecía irrespetar el sentimiento de luto que algunos abrigaban en el corazón. Al poco rato, los muchachos abandonaron la cancha, vociferando vulgarida-

des y frases irrespetuosas contra todos los presentes. Donaldó tuvo unos segundos de respiro que le permitieron encender el cigarrillo. Fumaba apurado. La imagen del cincel en el pecho del joven no se le apartaba de la mente, estaba ahí, pegada como un parche. Intentaba borrar esa escena de su memoria, superponiendo o recordando las distintas personas que visitaban su taller de carpintería para prestarles el cincel. Pretendía recordar el rostro o tener alguna idea de a quién se lo prestó y se lo dio por perdido.

Donaldó le pegó la última chupada al cigarro, escupió la colilla y soltó el humo en diminutas volutas. Se sintió conmovido por lo que estaba ocurriendo delante de él y murmuró algo cuando se dio cuenta de que tres jóvenes mal trajeados despojaban de las pertenencias a los cadáveres. Riñeron entre ellos, como goleros peleando tripas en un basurero: les quitaron los zapatos tenis, les hurtaron las billeteras y las gorras, les arrancaron las cadenas de plata. Batallaron tanto para quitarles los zapatos que los difuntos quedaron separados.

Sin embargo, el cincel seguía incólume. Como si no quisiera perder de vista a Donaldó. Parecía perseguirlo. Desde cualquier perspectiva podía notarse el mango de madera del cincel como acusándole. Por lo tanto, aquella situación le produjo más ansiedad. La idea de que era el culpable fue creciéndole y pensó que la policía descifraría con facilidad las iniciales en el mango del cincel y vendría a investigarlo a su casa y él tendría que responder por algo que nunca cometió. El estrés se le atravesó en el pecho como clavo caliente.

Entonces, Donaldo sacó fuerzas desde muy adentro, se despegó de allí y aligeró los pasos desde el momento en que escuchó la sirena de las patrullas policiales. Antes de abrir el portón de su casa, escuchó un acordeón entonando una canción vallenata que hablaba de que *Ay, qué bonita es esta vida/ aunque a veces duela tanto/ y a pesar de los pesares/ siempre hay alguien que nos quiere...*

Para mí, a partir de ahora, ya la vida dejó de ser bonita, murmuró con resignación.

En el interior de su casa, él anduvo con tanto cuidado que no saludó a Karen quien restregaba y enjabonaba camisas, blusas y prendas íntimas, en el lavadero. Casi en puntillas, se dirigió al baño; sin embargo, ella captó sus pisadas y el ruido de la puerta del baño al cerrarse. Pensó: *Ese es Donaldo, siempre con sus problemas estomacales.*

Por eso, ella esperó que él se acercara, como era su costumbre, para besarla o comentarle lo que decía la gente de los jóvenes asesinados. Esperó sentirlo por la sala o por el taller curucuteando los pedazos de madera. Según sus cálculos ya era hora que hubiera salido del baño y estuviera trabajando las sillas en la carpintería. El peso de la intriga y de la incertidumbre la llevaron hasta el baño, tocó varias veces, pero nadie le contestó. La puerta cedió al empujarla y encontró una colilla nadando en la taza del inodoro. Indagó en el taller y se dio cuenta de que la brisa de enero solo barría las virutas de madera de los días anteriores acumuladas en el mesón.

No encontrarlo en la casa ni tener algunas pistas de su desaparición fue como confirmar su palpito de que algo le había ocurrido. La impresión derrumbó a Karen en una silla que estaba a su lado, y, como pudo, logró que sus manos cubrieran o ampararan de cualquier accidente el hijo que tenía en sus entrañas.

Desde entonces, ella, solitaria, desafió todas las circunstancias adversas contra el embarazo. Empezó preguntando a todo el que encontraba en su camino que, si no habían visto por ahí a Donaldo. Las respuestas negativas confirmaban la posibilidad de conocer el paradero de su marido.

De otra parte, las autoridades ni siquiera habían iniciado la investigación sobre los crímenes anunciados semanas atrás en los noticieros. Los meses desfilaban con rapidez y descansaba sobre ellos un silencio impresionante tanto que solo volvían a recordarlos cuando aparecían otros muchachos degollados en otro lugar. Entonces, llovían las entrevistas, las investigaciones exhaustivas, las denuncias y la repetición del estribillo: “caerá todo el peso de la ley sobre los criminales”.

Una tarde, un vecino se acercó a la casa de Donaldo a pedir prestado un punzón y un martillo. Karen se asomó por la ventana, se quedó mirando al vecino y no quiso responderle ni hacerle el favor. Oyó que los pasos se devolvían y una voz enfurecida, desde afuera, la trataba de loca. Karen observó a través de la ventana cómo la brisa de enero en Bahía del Mar levantaba capas de polvo y de olvido sobre la ciudad y el mar. Las noches seguían bebiéndose los últimos

residuos de claridad que quedaban del día y la brisa barría las hojas secas como se barren los recuerdos que trastornan. Dos lámparas seguían alumbrando con su luz enfermiza la cancha de básquet en la que la policía encontró, meses atrás, dos cadáveres de quienes ya todos sabían que eran historia.

Finalmente, el bostezo negro de la soledad continuaba extendiéndose en la cancha de básquet mientras los hocicos de los perros todavía rastreaban el desagradable olor de la sarna y Karen, próxima al alumbramiento, desde su mecedor, seguía luchando solitaria contra la ansiedad, el insomnio y la desaparición repentina de Donaldo García, su esposo.

Enero 7 de 2022
Santa Marta, cerca del mar.

Polito, el hijo del señor del billar

La noticia me llegó con quince días de antelación por boca del rector del colegio.

—Tenemos entendido, y su papá nos lo ha garantizado, que usted es un excelente cocinero. Por eso, lo hemos escogido junto con otro muchacho de último grado de bachillerato para que les preparen un succulento sancocho de cerdo, pollo y carne salada a unos invitados y, especialmente, al Comandante de la Brigada 13 que ha venido a inspeccionar y a conocer de primera mano el entorno en el que han surgido carteles y letreros rojos en los muros y paredes que han incitado a la protesta cívica contra el mal servicio de luz y de agua.

—¿Y el dinero para el menú? —pregunté de inmediato.

—Su padre dijo que él donaría una parte para la carne y, además, nos prestaría la finquita “La Nena” que está a orilla de carretera, cerca del pueblo... —respondió el rector.

—¿Mi papá? Le cuento, desde ya, para que no se hagan ilusiones, que la finca es un terreno de mala muerte que no da frutos y tiene muy poca sombra, pero si él se las ofreció, bueno, no hay problema. Pero...no sé de dónde sacará ese dinero mi padre —agregué.

—Pues, supongo que del negocio del billar porque los traguitos de wiski los pondrá el colegio —aseguró el rector.

—Y el alcalde ¿qué va a poner? —pregunté enseguida

—El alcalde aseguró que el municipio pagaría el resto,

—dijo alegremente el rector — También dos líderes comunales colaborarán y participarán de la fiesta porque la visita del comandante es para el bien del municipio. *“Líbrame de ese bien”*, murmuré.

Viendo, así las cosas, no tuve otra alternativa. “Se les preparará un sabroso sancocho para que se relaman hasta los dedos”, dije en voz alta para que escucharan a “Polito, el hijo del señor del billar”.

En mi pueblo, a pesar de haber nacido aquí, no les interesa saber mi verdadero nombre ni el de mi papá. En realidad, mi apellido es Polo; por mi estatura, me apodaron Polito y así me quedé: “Polito, el hijo del señor del billar” porque mi padre ha sido toda la vida el dueño del único billar que se encuentra a la entrada y salida de este pueblo. Más me conocen por este sobrenombre que por los sancochos que vendo a los invasores de tierra, los que preparo en los paseos dominicales o los que negocio con los obreros de las construcciones. Aunque mi aspiración siempre ha sido la de tener un negocio como el de mi padre, pero de más alto nivel, por ejemplo, un salón de baile para muchachas, algo así que tenga que ver con el sexo, el licor y los cigarrillos.

El negocio de mi padre y de mi madre siempre ha sido el billar. Un salón grande, con ventanales y cuatro puertas altas y anchas de madera. En ese salón se acomodaban cuatro enormes mesas de billar y alrededor varias pequeñas con juegos de dominó. El salón, a su vez, hacía de tienda y lo único diferente que se vendía era leche de cántaro en la mañana y pan de sal; el resto del día, agua

de panela helada, gaseosas, ron y cervezas. También se convertía en salón de baile, en época de carnaval. Aún, arriba, permanecían colgando las guirnaldas y festones de colores. El salón tenía un techo alto de zinc y un piso alto, estaba situado en una esquina del pueblo, en la que se detenían los buses y los autos que iban o venían de otros municipios. Esta esquina era famosa: le decían la esquina del billar o del viejo del billar. Era un pare obligatorio. Aquí llegaba mucha gente prestigiosa y no prestigiosa del pueblo. Venían algunas veces a reunirse con sus amigos, a esperar un bus o a tomarse unas cervezas a la hora del calor intenso o “echar un chico de billar”, es decir, jugar billar.

Nunca faltaba la presencia del notario, del alcalde, del maestro, del rector, de los policías del pueblo, del sastre, del campesino, del grupo de muchachos rebeldes y del estilista del pueblo, que era un joven amanerado. Ninguna mujer ponía un pie aquí, ellas consideraban este lugar profano y de mala reputación.

Mis padres eran humildes. Este negocio no daba para que fuéramos ricos, sin embargo, en la mente de los pobladores creían que nosotros, debido a que el billar siempre andaba lleno de gente jugando, bebiendo y conversando, creían que cada noche obteníamos jugosas ganancias. A mí me tocaba cuidar a “Semillita”, una perra de nombre pequeño pero grande y gorda de cuerpo, animal que mi padre recogió de la calle para que le vigilara el billar.

También ayudaba a mi padre con el negocio de los almuerzos y por las noches atendía los billares hasta

entrada la madrugada ya que mi padre no podía trasnuchar. Aquí, se quedaban jugando y bebiendo muchos hombres, catalogados por las mujeres como “los más viciosos, perniciosos y mujeriegos del pueblo”. Entonces, me gustaba atenderlos hasta esa hora. Por supuesto que ese turno me traía beneficios, era la excusa perfecta para dejar de ir a clases al día siguiente. La otra razón por la que me encantaba ese horario, era porque podía oír la conversación interesante sobre política, teatro, cine, libros, que un grupo de jóvenes igual que yo sostenía todas las noches. Ellos solo bebían gaseosa, al comienzo; pero, después, Dios mío, compraban canastas de cervezas.

Estaba enterado que venían pintando letreros rojos en las paredes y empapelando los muros con anuncios “revolucionarios” pero las autoridades del pueblo: el alcalde y el comandante del ejército solían decir que esos anuncios los ponían esos “comunistas de mierda”

Era un grupito que se vestía igual: yin, franela o suéter. Botas de caucho, una mochila al hombro y el pelo largo y se hacían llamar siempre por un solo nombre: Cantillito, Marti, Roberto, Viloría, José Ángel, Henry, Javier y Guillo, este último era el líder. Era alto, flaco, moreno, un pelo afro que lo distinguía entre los demás y soñaba con ser escritor.

En una de esas noches, como era su costumbre, se reunieron en el billar. El pueblo estaba militarizado a causa de las protestas cívicas contra el mal servicio de agua y de luz. Algo planeaban porque hablaban bajito, y yo por ahí dizque recogiendo botellas vacías,

apartando a “Semillita” para que no ladrara, paraba mis orejas. Estaba contándoles lo del sancocho para las altas personalidades cuando, uno de ellos, escuchó a lo lejos que se acercaba un grupo de soldados.

—¡Ey!, Polito, cierra el billar disimuladamente y apaga todas las lámparas —ordenó José Ángel.

—Por si acaso, esconde en un lugar seguro, los tarros de pintura, los carteles y las brochas y a esa perra ponle un bozal para que no ladre —ordenó Guillo mientras se alisaba su afro, ayudaba a cerrar el salón y llamaba a la calma.

Yo, silbido tras silbido, fui cerrando puertas y ventanas, una a una. Y todo el espacio del salón quedó a oscuras y solo el silencio culebreaba por entre los billares y las mesas y los cuerpos oscuros. Tanto ellos como yo vimos por entre las ranuras de las ventanas y las puertas el brillo de los rifles y a los soldados que marchaban sin tocar el pavimento de la calle. Desde nuestro refugio, el pensamiento era uno solo como un manojo de odio:

— Esos que marchan ahí, son unos Hp, desgraciados.

—Si se dan cuenta de que los que tienen el poder caminan en el aire y a veces se vuelven invisibles e invencibles

—afirmó con rabia Guillo en medio de la oscuridad.

Los demás seguían callados, oyendo la rabia agazapada de Guillo, mirando por entre las ranuras al pelotón de soldados que se alejaba sin poner las botas sobre el pavimento y soportando las hostigantes órdenes del comandante, el mismo que invitaría al sancocho este fin de semana.

Luego, se iluminó el salón y mi charla siguió el rumbo de cuando yo presté el servicio militar. Ver a ese pelotón de soldados, me hizo recordar el mal trato de los superiores. Yo estuve en el ejército no porque yo quería ni por mi edad sino porque mi padre me montó en el camión del ejército y les dijo “llévense a este callejero a ver si se corrige por allá”. Y me llevaron para el Caquetá a servirle a la patria. Allá, aprendí a fumar. A comer todo lo que se moviera por entre la selva. A veces no había ni tiempo de cocinarlos. Aprendí a beber de todo hasta el orín de uno mismo. No había un día en que no me insultaran por ser costeño, diciéndome: “mama burra”. Por eso, ahora que veo a ese comandante, se me irrita la sangre y me dan ganas de estrangularlo.

—Te trae malos recuerdos.

—Las peleas con el enemigo deben darse cuando tengas las estrategias para vencerlo —me dijo Guillo y me tranquilizó y hasta me hizo sentar en el paño verde del billar.

Cada vez que recordaba aquellos días que siguieron a mi llegada del ejército, parecían vacaciones eternas pero estresantes para mis viejos. Me obligaron a continuar con los estudios, pero pocas veces iba al colegio. Los días se convirtieron en campañas de cacería en los montes, días de sancochos en los playones. Un día me di cuenta de que les estaba trayendo problemas a mis viejos. O yo contribuía a que ellos se enfermaran de tanta queja que a cada rato les llegaba de mí: que Polito está peleando en una esquina. Que anda

fumando cigarrillos en la otra calle. Que la policía lo persiguió por estar tirando piedras a una casa. Que lo encontraron fumando mariguana en el parque. Que anda en malos pasos con unos amigos revolucionarios. En fin, me sentía abandonado y el abandono genera maldad; sin embargo, escuchar a esos jóvenes en el billar fue como una escuela de aprendizaje para mí tanto que mejoré en mi comportamiento.

Para el día de la invitación al Comandante y otras autoridades, llovió como nunca. Los arroyos taponaban las calles y los invitados no pudieron llegar hasta la finca “La Nena”, por lo tanto, le tocó al alcalde prestar la casa de un amigo. Y a nosotros nos tocó trasladar el sancocho hasta el pueblo, cargándolo con unos palos gruesos, largos y fuertes atravesados en el aro de la olla. Recordé que así hacíamos en el ejército, largas caminatas entre la selva, cargando gente a punto de morir.

Mi amigo y yo, íbamos como Jesús de Nazareno: haciendo estaciones. Chapaleando barro y saltando arroyos. Al final, oímos música vallenata y alguien nos señaló la casa del banquete. Gritamos auxilio y mucha gente salió a ayudarnos a cargar la olla del sancocho y ponerla en el patio de la casa.

Cuando yo entré, secándome el sudor con un pedazo de papel, mis ojos caminaron por cada uno de los que estaban sentados en la mesa principal. Mostraban una sonrisa ancha que no la podían borrar. La mesa lucía un mantel blanco prestado por la esposa del alcalde. Un ramo de flores blancas y amarillas en el centro de

la mesa, le tapaba la cara al notario. Vasos alrededor, junto con platos y cucharas de plata ordenados. El rector de mi colegio se me acercó y me dio un golpe por la espalda a manera de saludo:

—No se me ocurrió nada para solucionar este impase. Nadie contaba con ese maldito aguacero —decía apenado el rector.

—Impase. Llámelo mejor de otra manera —respondí, agitado todavía y con el disgusto pegado en la cara.

—Polito, yo lo que espero es que usted se luzca con ese sancocho.

—Y usted no se olvide que me graduó este año —le dije sonriendo.

Había dos escenas en la fiesta: los invitados que reían por todo: hombres luciendo vestidos enteros y corbatas. Las mujeres vestidas con faldas más allá de las rodillas y zapatillas nuevas. Y nosotros, acá, aún sudados y cansados, sirviéndoles de meseros.

El comandante, oriundo del interior del país, caminaba recto e imponente. Era el más alto entre todos los asistentes. Lo cierto era que sobresalía por su estatura y también por su bigote espeso que le tapaba el labio. La dentadura blanca del Comandante de la Brigada 13 contrastaba con su bigote negro, en los momentos en que cortésmente saludaba a los invitados en la mesa. Cuatro soldados, pequeños y de piel tostada, eran sus guardaespaldas. La cabeza calva del sacerdote parecía un pedazo de espejo. Las damas rosadas, azules y blancas, juro, parecían un arco iris en la mesa. El notario, un viejo octogenario, semejava una de las Momias de

Guanajuato, de esas que veíamos en las películas mexicanas que proyectaban en el Teatro Santana cada quince días, a cielo abierto. El Juez, un joven recién graduado en Derecho, se creía el mejor abogado del mundo, discursaba sobre las bondades de las leyes desde su silla. El médico, galeno reconocido, chaparrito, a quien se le notaba en los ojos las ansias de lanzarse a Concejal, pero debía cuidarse del mal comentario que corría por el pueblo, que solo recetaba Aspirinas e Ibuprofeno a sus pacientes.

Al rato, todos carcajeaban de algún chiste referido por el Juez. Todos hablaban ruidosamente y los vasos de wiskys los chocaban brindando por la paz del pueblo. Los elogios al Comandante se multiplicaban refiriéndose al gran esfuerzo de venir a sofocar los grupos rebeldes del pueblo. Incluso, en medio de la euforia que producían los wiskys, el alcalde llegó a homenajearlo con el título de “Héroe de la patria”. Las damas apenas se humedecían los labios ya fuera con wiski o con gaseosa, y aplaudían el mínimo enaltecimiento. Mientras tanto mi compañero y yo, que olíamos a humo, solo esperábamos ansiosos la señal del alcalde para repartir el sancocho. Me encontraba aburrido de tanto responder la pregunta habitual:

—Ajá, Polito, y... ¿el sancocho ya está listo?

—¡Uf!, desde hace rato, padre, ahí está. Lo trajimos en el hombro desde la finca. Solo espero la orden del alcalde para repartirlo.

En la finquita, mi amigo y yo, nos distribuimos la tarea del sancocho así: yo me encargué de la compra y

de sazonar las carnes y él, de las vituallas y el fogón. El resto lo hicimos juntos. Por lo tanto, el sancocho estuvo preparado desde tempranas horas antes que el aguacero se la embarrara.

Aquí en esta casa, la olla estaba lejos de las personalidades. En el patio, bajo un palo de ciruelo. Aun así, humeaba y el olor a sancocho invadía todo el espacio y llegaba hasta donde los invitados con la fuerza natural de la pimienta de olor. Del Apio y del cilantro provocador. Del comino. Y del olor de la carne que enardecía y despertaba el apetito. Yo creo que todo mundo imaginaba el borboteo de las sopas.

—Esas sopas están bien hechas —me dijo mi amigo cerca del oído.

Yo sonreía un poco mientras el comandante se me aproximaba en una de esas idas al baño en el traspatio de la casa.

—Huelen bien. Espero que tengan bastante carne, eso es lo que más me gusta —me dijo el Comandante apretando los dientes como si la estuviera mordiendo.

—Claro, mi Comandante, y usted se va a chupar hasta los dedos —le grité.

Y siguió su caminar recto hacia el traspatio, a pesar de los wiskys.

Cuando ya el sol se acomodó, más allá del centro del cielo, el alcalde dio la orden de servir el almuerzo. Los platos humeaban en la mesa. Sobre las hojas de plátano que reposaban en el mantel blanco y al aire libre había vituallas y trozos de diferentes carnes roja, marrón, amarilla.

—Al gusto de todos y con mucho honor para servirles —les dije y me quedé allí.

Confieso que ver tanta carne sobre la mesa, me abrió el apetito. Y fui el primero en servirme sopas y tomármelas y luego coger un muslo que me lo comí con una sabrosura sibarítica. Lo miraba, lo roñía, le jalaba los nervios, lo degustaba. Mi amigo también hizo lo mismo. Nos gozamos el sancocho. Rato después, colaboré también en la servida del whisky.

Me quedé mirando cómo cada quien saboreaba la carne: al principio, la tomaban con los dedos como si no quisieran empatarese de grasa. Después, se olvidaban y la mano hambrienta la abarcaba: la mordían, la masticaban y tragaban. Roñían el hueso o los huesos. Sus dientes la despedazaban. No habían terminado una cuando ya estaban mirando la otra con ansias y la cazaban y le mandaban el mordisco como perros muertos de hambre. Sus ojos brillaban de emoción. Nadie hablaba. Pensé, *con hambre nadie es educado*.

A la hora, se ordenó servir más sopas y más carne. Hasta que el fondo de la olla solo mostró un revoltijo de verduras, grasa y huesos.

Después, la barriga llena anunció la modorra, la soñolencia, motivos suficientes para que todos fueran tomando el camino de regreso no ya con el mismo entusiasmo con el que llegaron. Se fueron despidiendo unos más rápidos que otros.

Al día siguiente del sancocho, mi padre se levantó temprano, como era su costumbre, y empezó a llamar a la perra “Semillita” para darle su desayuno,

como era su costumbre. Como no llegó la perra, me pidió el favor que se la buscara.

—Por ahí, andará —le dije.

Sabía que Guillo pasaría por aquí y me preguntaría que cómo me fue con el sancocho para el comandante y los invitados. Y yo le fui comentando, paso por paso, cómo se desarrolló toda la fiesta.

Después de escuchar atentamente mi relato, Guillo se despidió. Iba serio, como siempre ha sido él, pero yo creo que también iba riéndose por dentro. Se alejaba por la carretera larga y, al final, solo se le veía el afro y la mochila al hombro repleta de carteles. Yo creo que él también iba caminando sin pisar el asfalto, empezaba a tener poder, pero diferente del de los soldados de aquella noche que pasaron cerca del billar.

Mi padre insistía en preguntar por el animal. Y yo volvía a salir al patio, la buscaba en el salón, en la calle y llamaba a gritos a “Semillita” pero la bendita perra no aparecía.

Marzo 27 de 2020.

Santa Marta, cerca del mar.

Él solo quería tener un mochuelo

*“Ágil vuela, busca la ocasión
de salir de esa cárcel protectora”
canción vallenata*

Si Adela mirara para atrás, tal vez, se le notaría el nerviosismo, pero lo disfraza con su caminar apresurado y la mirada siempre hacia adelante.

Es lunes. El sol sale tan temprano que los transeúntes se quejan del calor pegajoso. Adela, esta vez, arrastra una maleta. Por eso los que la conocen, piensan que hay algo no definible que la hace distinta hoy. En su recorrido, ella ve a dos policías poniendo orden a un círculo de curiosos en la esquina de la fonda en la que el día anterior, ella le avisó a Willy lo del robo del mochuelo con su jaula.

A pesar de la carrera que lleva hoy, se detiene. Abre un espacio en la ronda y se confunde entre la gente; observa que la moto está recostada contra la pared de la fonda y el cuerpo de Willy se halla bocabajo sobre el andén, con una brutal cuchillada en el cuello.

—No podía ser otro el final —dice alguien en el redondel.

—Un hombre que todos los días bebía, se drogaba y se lo encontraban dormido en las esquinas, ¿qué más podía esperarse? —agrega otro.

Adela fija su mirada en los tatuajes de los brazos: un mochuelo, unos gatos, un par de calaveras, un ancla y

siete rostros demoníacos. Tatuajes que conocía muy bien porque después de hacer el amor, ella, enternecida en su pecho, intentaba descifrar los dibujos. Pero nunca le preguntó por qué se los había tatuado. Al rato, aparecen los malos recuerdos que le picotean la memoria y la tranquilidad: el aborto obligado y luego el abandono con sabor a desprecio.

El sol trágico del lunes le camina a Willy por la cara y por los hombros. Allí de pie, ella siente que a las mujeres les pesa más el resentimiento que a los hombres porque, otra vez, los recuerdos con Willy le picotean la conciencia. Por eso, la determinación es irrevocable. Decide continuar su ruta, volar y dejarse llevar por el grupo de gente que también va de prisa. No voltea para atrás. La maleta rechina contra el pavimento. Adela, imagina su vida desde otra perspectiva: en otra ciudad distinta de Bahía del Mar, un nuevo trabajo, sentir más libertad, sobre todo, lejos de él.

Ayer, ella empujó la puerta de la fonda y entró gritando porque la música vallenata le atoraba los oídos: —Willy, no debería decirte esto, te ando buscando desde hace rato para avisarte que un muchacho descolgó la jaula y salió corriendo.

A Willy le extrañó la presencia de su ex novia y se sintió molesto. Dio un empuellón a la mesa. Pateó contra la pared las patas de la silla de madera en la que estaba acomodado. El piso recibió la gorra azul y cinco cervezas vacías, ingeridas de un solo jalón. El estropicio de vidrio revuelto con gritos y música saturó el lugar. Adela todavía suspiraba por Willy y siempre lo había

mirado con los ojos del amor, por ese motivo, creyó su deber avisarle del robo del mochuelo, aunque él la siguiera azotando con el desaire y la indiferencia. Willy, con las manos en la cintura, le habló enfadado: —Cuántas veces debo advertirte que no te metas en mis asuntos. Ese mochuelo no es mío, es de mi novia, se lo regalé el día de su cumpleaños.

—Mira, Willy, lo que menos me interesa es saber de quién es el pájaro. Solo lo hago porque sé que es importante para ti. Además, es el mismo pelao que todos los domingos se sienta al pie del árbol de matarratón a oír el canto del mochuelo. Yo cumplo con informarte, allá tú.

—Yo conozco a ese muchacho, vive en el barrio Los Almendros, detrás de la iglesia Sacramental.

Adela prefirió no seguir escuchándolo, le dio la espalda y, al salir, las hojas de la puerta tronaron.

Willy recogió la gorra. Se la puso con la visera hacia atrás. Bajó las cejas y pegó la mirada al suelo. Repolló los labios y la rabia le hinchaba las aletas de su nariz. Luego, ordenó al dueño de la fonda que dejara rodar el disco: “En enero Joche se cogió/En enero Joche se cogió/Un mochuelo en las montañas de María, /Y me lo regaló, no más, /Para la novia mía”. Acto seguido, el dueño de la fonda empezó a barrer y a recoger los trozos de vidrios regados en el piso. Sus ojitos parecían de pájaro asustado ante la exigencia de Willy, “Viejo, te repito, me lo dejas correr hasta que se raye”.

En el barrio, nadie olvidaba que cada domingo Willy exhibía el mochuelo en su hombro o dentro de la

jaula colgándola de la rama de un matarratón. El mochuelo se esponjaba, se sacudía el agua, se espulgaba las plumas con el pico y trinaba.

Los domingos el sol atravesaba los ventanales y azotaba los ojos de los vecinos quienes estaban pendientes de la figura larga y flaca de Willy y de los enredos con jóvenes de extraño pelaje. Cuando Willy recorría la calle en su moto a velocidad mortal, nadie se atrevía a salir, el miedo los encerraba.

—Nos da lástima con esa joven que todavía se muere de amor por él.

Eso comentaban de Adela, la joven que, en muchas ocasiones, lo había salvado para que no lo metieran a la cárcel por los robos, los atracos, el uso de armas blancas, los irrespetos y los altercados con los hermanos.

—Juro por la virgencita que mato a ese muchacho que me robó el mochuelo. A mí nadie me roba y se queda tranquilo. Sentenció Willy de pie frente a la fonda. Empezó a buscar las llaves de la moto en sus bolsillos. Lucía un yin pegado al cuerpo y cinco cadenas en su pecho. Besó varias veces el mochuelo tatuado en su brazo izquierdo. Willy subió a la moto y la aceleró varias veces haciendo rugir el motor. La luz del sol lo fustigaba en la cara. De repente, el dueño de la fonda se le aproximó y le lanzó una pregunta con temor:

—Por fa, ¿Cuándo me vas a pagar todo este desastre, hermano?

Hubo un silencio incómodo. Tal vez a un paso de surgir una acalorada discusión.

—Cuando me dé la gana y haz lo que quieras.

Y Willy voló como pájaro espantado. Se le veía conducir frenético. En su loca carrera, no le importaban los transeúntes ni los enormes huecos de las calles de Bahía del Mar. Atrás dejaba el humo irrespirable. Y también ese ruido inamable que afortunadamente se iba desvaneciendo a medida que se tragaba las calles.

Cada domingo, el muchacho se daba un chapuzón en el mar. A su regreso, se acomodaban él y su pequeña y vieja bicicleta debajo del frondoso matarratón a escuchar complacido el canto del mochuelo. Adela fue testigo del momento en que el joven paseó la vista y de un solo salto agarró la jaula y emprendió la huida mientras su dueño, Willy, mataba el asfixiante calor del domingo, tomándose unas cervezas en la fonda a la entrada de un barrio de Bahía del Mar.

Esa mañana de domingo, Willy llegó a su casa. Frenó con violencia, se desmontó dejando el motor prendido. Los vecinos se asomaron a causa del ruido. Willy abrió la puerta de un puntapié. La madre de cabello rizado y blanco como la espuma del mar, se asustó en su silla de ruedas y disgustada le gritó:

—¡Otra vez estás metido en líos!

Willy zapateaba de un lugar a otro, lanzando los objetos contra las paredes.

—¿Y ahora qué te pasa? ¿Qué buscas?

A Willy no le daba la gana de responderle. Ella lo vio ir del comedor hacia la cocina. Agarró el cuchillo de relajar carne, le miró por ambas caras, pero consideró que no tenía filo ni punta y lo arrojó en el

lavaplatos. Luego, arrastró canastos y lanzó zapatos al patio. Desocupó los cajones de su armario y, por fin, encontró lo que buscaba: un Magnum recortado calibre 38, comprado en el mercado negro y se lo encajó detrás de la espalda. Salió sin decir palabra. La anciana solo escuchó el portazo y, aún así, ella, desde su silla de ruedas, le hizo la señal de la cruz y le volvió a gritar, a pesar de su disgusto:

— ¡Que Dios te acompañe, desagradecido!

La mañana del domingo olía a gasolina, a café tinto, a tragedia. El sol avanzaba. Poco después, Willy se detuvo en el palo de matarratón. Examinó la rama en la que usualmente colgaba la jaula y se cercioró de la ausencia del mochuelo lo cual lo enfureció más:

— Maldito pelao, voy a matarlo.

La llanta trasera rechinó contra la tierra seca. Moles-
taba no solo el rugido de la moto sino el polvo y el humo asfixiantes. Willy dio la vuelta por una pequeña plaza. Pasó por la puerta de la iglesia Sacramental. Se persignó. Se estacionó frente a la casa del muchacho. Sin esperar, arremetió contra la puerta que se explotó. Al entrar, amenazó a la madre del muchacho y avanzó brutalmente.

— ¿Dónde está tu hijo?

— No sé quién es usted. Ni sé por qué pregunta por mi hijo.

— Tu hijo no ha debido meterse con mi mochuelo.

Willy desordenaba los muebles de la sala mientras buscaba al joven.

— ¡No comprendo, por Dios!

—Ese mochuelo yo se lo regalé a mi novia.

Willy siguió hacia el patio sembrado de matas de plátanos, de palos de mango y de nísperos. La primavera estaba renacida en un pequeño jardín, cerca de la cocina, desde donde la madre del muchacho continuaba preguntando. Willy no atendía las preguntas de la mujer, sino que estaba alerta a cualquier extraño movimiento de sombras, de hojas secas, de objetos o de papeles. Disparó dos veces porque creyó ver una figura que saltaba de un techo al otro. La mujer estalló en llantos, al momento de los disparos. Quedó pálida, a punto de desmayarse.

Willy regresó al interior de la casa. El revólver ya no humeaba en su mano, se lo guardó. La mujer más envalentonada que nerviosa descargó la rabia reprimida contra Willy:

— ¡Mi hijo no es ningún ladrón! Si mataste a mi hijo, eso no se quedará así. Pondré la denuncia en la fiscalía para que te encierren toda la vida.

— ¡Vaya donde le dé la gana! —dijo Willy.

Sin querer escuchar más a la mujer, con gestos groseros, se acaballó en la moto. Tomó la curva de la calle, sin ninguna precaución. A los pocos segundos, el ruido y el humo se fueron apagando con la distancia. Atrás dejó a la madre del muchacho en medio de un mar de incertidumbre.

Es lunes y el sol sigue recalentando. Adela piensa que en Willy no había ni un mínimo de bondad. El tiempo y los hechos le abrieron los ojos. Ella hace parte del tumulto que va a cruzar la avenida cuando el semá-

foro esté con la silueta del peatón. Mientras espera el cambio del semáforo, confundido entre los transeúntes, observa a una pequeña y vieja bicicleta conducida por un muchacho cuya mano derecha aprieta, contra su pecho, una jaula con un mochuelo en su interior.

Julio 8 de 2021.
Santa Marta, cerca del mar

Encrucijada

Rafael salió de la ciudad de Bahía del Mar al corregimiento de Santa Isabel, a la búsqueda de un amigo folclorista para entrevistarlo.

El viaje no empezó bien: le tocó viajar más de tres horas en un bus maltrecho, destartalado y un camino destapado a manera de escalerilla. Desde que descendió del bus sintió la intensidad del dolor en la espalda y en los riñones a causa del ajetreo del viaje por el camino destapado.

El sonido de un reloj colgado en cualquier pared, de cualquier casa, marcó las dos de la tarde y parecía escucharse en todo el pueblo. En su hombro, sostenía la cámara de fotografiar. Y en la mochila arhuaca, la agenda y el celular. Siguió avanzando.

De pronto, le interesó algo. Tomó la cámara, la cuadró y empezó: (clic) una iglesia pequeña como casa de gato, (clic) una enorme pila de sacos de arena en el frente de la también pequeña inspección de policía, prevención a un posible ataque guerrillero, (clic) a las dos únicas personas que estaban sentadas en la banca del parque, dormitando bajo la canícula de las dos de la tarde.

Rafael secó su sudor con un pañuelo de bordes azules, deseando tener allí cerca, al vendedor de raspaos para calmar la sed devastadora en estos lugares tropicales. Buscó la clásica tienda de plaza — esas que nunca faltan en los pueblos— pero allí, en Santa Isabel, no hallaba ningún negocio abierto a esa hora.

Soltó un ¡uf! profundo y aprovechó para tomar la foto a un perro que dormitaba también en un sardinel, debajo de un amplio ventanal de barrotes torneados.

—A esta foto le voy a llamar soledad o miseria o hambre —dijo y avanzó.

Miró su celular para saber si alguno de sus amigos le había enviado algún mensaje, se percató de que no había señal. Lo apagó y lo guardó en la mochila.

El calor atosigaba y humedecía el largo cabello de Rafael quien, detenido a un lado de la plaza, no sabía qué derrotero seguir. Le vino a la cabeza la idea de aquellos pueblitos del viejo Oeste que les llamaban: “Pueblos Fantasma”. Y por eso se dijo en voz baja, miércoles, este es un pueblo fantasma, y se pasó la mano por el cabello como si el miedo empezara a subírsele. La lengua le humedeció los labios resecos.

Sin embargo, él estaba convencido de que los moradores estaban haciendo la siesta, que esperaban que el sol les diera una tregua y, después, todos saldrían a las labores cotidianas. El sol empezó a bajar las baterías, atardecía; pero Rafael todavía mostraba un rostro de asombro porque en realidad ya eran las tres y media, y nadie transitaba por las calles como si estuvieran en cuarentena.

Vio, sorprendido, que el bus en el que había llegado, se devolvió sin pasajeros para Bahía del Mar. No había rastros de yips ni taxis ni siquiera animales por las calles polvorientas, a excepción del perro.

Rafael dirigió sus pasos a la Casa del Folclor, lugar en donde años atrás había estado dictando una conferencia sobre Cultura y Violencia. Allí, debía entrevis-

tar a un famoso tamborero, amigo de muchos años. Viejo artista de la región, conocedor del folclor costeño y del origen de la Tambora Bahiamariana, cuya edad promediaba los sesenta y seis años y había la necesidad de dejar un testimonio del trabajo de este hombre como músico, como folclorista, antes de que falleciera en la completa miseria igual que cualquier artista en nuestro país.

“Le hago la entrevista, le tomo las fotos y me regreso enseguida”, pensó Rafael mientras caminaba por la única calle pavimentada, la central. El sol le pegaba del lado derecho y la mochila le balanceaba y le golpeaba su costado. Trataba de guarecerse bajo los alares de las casas cuyas puertas y ventanas se encontraban cerradas. Aquel silencio extenso le aumentó la curiosidad porque no emergían voces ni pisadas ni ronquidos ni cantos de gallos ni ruido de televisor ni de radio.

De pronto al cruzar de una acera a la otra, Rafael fue sorprendido por la voz de un agente de policía:

—¿Ey, tú?

—¿Quién? ¿Yo?

—Claro, tú, si por aquí no hay nadie más.

Era un policía pequeño y rechoncho, a quien apodaban “Cara de limón” por su actitud agria hacia los demás, además, su presencia no reflejaba autoridad sino amenaza, desconfianza.

—Mi comandante quiere hablar contigo. Y no vayas a preguntar para qué porque yo no sé nada.

Rafael arreglaba su camisa, pero, en realidad, no tenía nada qué acomodarse. Apretó la cámara fotográfi-

ca contra su costado izquierdo y marchó delante del agente. Tuvo deseos de salir corriendo y ocultarse en uno de los callejones, pero sería imposible, en un pueblo tan pequeño nadie lograría esconderse ni escaparse. Además, el policía no sería tan tonto, indudablemente dispararía de inmediato.

Dos cuartos estrechos con techos de zinc conformaban la inspección de policía. El montón de sacos de arena en el frente producía más calor. El policía le dijo que entrara y esperara. Un escritorio deslustrado que olía a madera vieja. En la pared dos cuadros de dos ex presidentes con los colores vencidos por el tiempo. La bandera colombiana descolorida. Un abanico que más que aire fresco despedía un intenso aire caliente. Un espejo empañado por el tiempo por el que podía verse la mole de sacos de arena y a la perfección la única calle, las demás eran caminos de arena y lodo en invierno. Una antigua máquina de escribir comida por los dientes del óxido reposaba triste anhelando los dedos sensacionales de alguna secretaria. Y un radio transmisor apagado encima del escritorio, también muriendo de nostalgia porque ninguna oreja se disponía a escucharlo.

La espera se convirtió en un desasosiego. Nadie salía. Ninguna voz anunciaba algo. El calor lo fastidiaba como si una fogata estuviera a sus pies. Rafael no sabía qué hacer, sólo se limitó a esperar porque tenía la impresión de que lo estaban vigilando a través del espejo. Movía las manos o agarraba la mochila y la cambiaba de lugar, luego buscaba datos en la peque-

ña agenda. Se notaba que el ansia lo atormentaba por los movimientos involuntarios que hacía. Escuchó pasos y varias voces masculinas del otro lado de la pieza. El comandante apareció cerrándose la camisa y llenó todo el espacio de la puerta del cuarto con su cuerpo voluminoso.

—¿Su nombre?

—Rafael Darío Jiménez.

—Ah...como el poeta nicaragüense.

—No, el poeta es Rubén Darío.

—Carajo, y a usted quien le ordenó que me corrigiera. Rafael se silenció de inmediato y pensó que en vez de ayudar a la situación había metido las patas.

—La cédula.

—Aquí está.

—¿A qué vino a Santa Isabel?

El militar gordo observó las manos nerviosas de Rafael quien vio desfilas por su mente muchas respuestas, y debía seleccionar la adecuada. Desde el mismo momento en que el agente lo sorprendió con el llamado en la calle, se dio cuenta de que debía ser muy precavido.

—Vengo a hacerle una entrevista a un músico o folclorista.

—Ah, ya...

—¿Usted es periodista?

Regresó la misma incertidumbre. ¿Qué hacer?, ¿Qué responder frente a ese interrogante?

—No.

—¿Y esa cámara?

—Fotos para una revista.

—Entonces... ¿Trabaja para un periódico?

—No, soy funcionario de la gobernación.

—Ah...ah...

Después del interrogatorio, el comandante entró a la otra pieza, sin hacer comentarios. Más bien, algunas moscas que volaban absurdas por el rostro de Rafael parecían calmarlo. Rafael las espantó con la mano y observó que por la calle no transitaba ni un alma. Ese paisaje lo invadía de terror y se le notaba el sudor en la frente y debajo de las axilas, marcándosele mapas de sudor en la camisa de color azul. Sintió un puyazo en la vejiga, las ganas de ir al baño lo apremiaban.

Parecen ser las cuatro de la tarde.

Pensó Rafael y olvidó las ganas de orinar. No quiso confirmar la hora con el celular porque los policías podrían imaginar otra cosa, con la policía no se juega, murmuró. Del otro lado de la pieza, surgieron discusiones, de alguien que necesitaba definir una situación, pero no se ponían de acuerdo. El comandante apareció jugando con un manojito de llaves y de preguntas también.

—¿A quién conoce usted? —le espetó rápido y fuerte el comandante.

—A Carlos Retamozo.

—¿El de la tambora?

—¡Sí!

—No está en el pueblo, se fue ayer.

—Y...el profesor Ignacio Vargas.

—Tampoco, está en el otro pueblo, dictando clases.

—Ah...entonces... a Alberto Sanjuán, el notario de aquí.

—No, murió hace dos semanas.

Cada respuesta negativa era como un tablazo que le propinaban a Rafael en la espalda. A Rafael también le parecía estar viendo una película, su película, en la que le pasaban todos los nombres que él había conocido años atrás pero que a cada uno de los mencionados el comandante los fue descartando abruptamente.

—Ah...entonces... un historiador, un pintor que se llama...Ángel Lora, espero que esté vivo o que no haya viajado.

—“El Pollo”, querrá decir.

—Sí, a él le dicen “El Pollo”

El comandante gritó desde el escritorio a un policía que no se veía pero que se encontraba por ahí:

—¡Ey, “Cara de limón” muévete, vete a buscar a Ángel Lora, “El Pollo”, el que dibuja los árboles, el río, hace vainas con la historia de este pueblo, ese mismo, el pintor investigador.

El comandante abandonó de nuevo la pieza y adentro se inició el rumor de voces a las que se unieron algunas femeninas.

Al verse solo, el aire entró tranquilo a los pulmones de Rafael. Lo único que faltaba en este juego serio, era que Ángel lo negara tres veces. Sería su última carta. Las uñas de Rafael ya estaban en carne viva, sin darse cuenta. La inspección de Policía se llenó de un silencio temeroso. El espejo estaba tan preciso en la pared que permitía que Rafael pudiera —a manera de

retrovisor— enterarse si ya venían el policía y Ángel, sin moverse de su sitio. Al final de la tarde, su voz rompió la tirantez.

—¡Hola, Rafa! —gritó Ángel. —Me hubieras avisado que venías para acá.

—No pude.

Rafael sintió que el alivio le corría como una corriente de agua helada por todo su cuerpo cuando se percató de que Ángel lo había recordado. La efusividad con la que llegó Ángel, hizo que el comandante se asomara de inmediato.

—Ah...entonces, ¿usted lo conoce? —preguntó el comandante con cierta duda.

—Por supuesto, mi comandante —respondió Ángel Lora.

Al rato, salieron Rafael y Ángel, sin hacer comentarios respecto a la situación. Ni una afirmación, ni negación, ni siquiera una sola explicación. Toda una ruta recorrida bajo el silencio.

Rafael decidió no realizar la entrevista y regresar muy pronto a Bahía del Mar. Por eso, al despedirse abrazó a Ángel tan fuerte que no quería desprenderse. Tomó el último vehículo que, en ese momento, partía para la ciudad. Cuando Rafael puso el pie en el estribo del bus, escuchó muy cerca de él que Ángel le murmuró: — ¡Oye, Rafa, ¡naciste hoy!

Rafael no quiso mirar hacia atrás, prefirió entrar, dejarse caer en la silla delantera del bus y expulsar una bocanada de aire contenida por largo rato.

Miró a través de la ventanilla el paisaje adusto, desértico, del pueblo de Santa Isabel. El cielo estaba un poco plumizo como si presagiara lluvia.

Julio 26 2002

Santa Marta, cerca del mar.

Tormenta de ruidos

Una algarabía de loros y pericos revoloteaban entre los alambres y los árboles de la ciudad. Aquel alboroto me robó el placentero sueño que ofrece la madrugada. Se apostaron en un árbol de olivo cerca de mi ventana y el revuelo de sus cantos allí fue más escandaloso que otros amaneceres. Luego, se espantaron, giraron como una mancha verde, trazaron en el aire círculos violentos y, al mismo tiempo, mientras se desplumaban a picotazos, del cielo caía una llovizna verde.

Mi esposo y yo vivíamos en este conjunto residencial de la ciudad de Bahía del Mar, en el que, a pesar de los años, no nos acostumbábamos al gigantesco ruido que producen los animales, la naturaleza, los objetos, las personas y las personas con los objetos. De verdad, sabía que el planeta entero es un globo de ruidos que ensordecen, molestan, perturban y estresan, por eso, siempre lo había dicho que me gustaría que existiera también el planeta del silencio, de la paz. Mi esposo y yo hablábamos con mucho temor —en el escaso silencio que brinda la noche— de la tormenta de ruidos que no se sabía en qué momento aparecería. Las palabras que cabían para describirla eran: terrible. Insoportable. El mundo resultaría distinto sin que se escucharan tantos gritos, tantas voces chillonas, los aparatos eléctricos, las cosas al caer, el rechinar de autos, los descomunales picots del barrio, los escándalos entre parientes y esposos; jamás se podría olvidar

la estridencia de una sierra al cortar una madera; en fin, he dicho que los metería en una nueva Arca de Noé y los llevaría muy, pero muy lejos de aquí.

Recordaba que tres meses atrás, pasó por este barrio la primera tormenta de ruidos. Afortunadamente, fue informada por los noticieros a tiempo. Lo que anunciaban, me parecía insólito o sarcástico, invitaban a todo aquel amante de la bulla, del jolgorio, del desorden, y se le daba su tiquete gratis para ese viaje, solo o con la familia.

Mi esposo y yo reflexionábamos sobre las noticias de la tormenta de ruidos y concluíamos que nunca antes habíamos estado tan decepcionados de cómo el mundo cada vez iba directo al abismo, se convertía en un caos, en un lugar en el que era insostenible convivir con el ruido.

Mi esposo, sospechando la tragedia cercana para nosotros, me solicitó que lo amarrara a los barrotes de la reja de la terraza de la casa porque él no se dejaría arrastrar tres cuadras arriba como le ocurrió la primera vez por confiado.

En aquella ocasión, vi que se estaba dejando llevar por la alegría de los demás e, incluso, se carcajeaba, gritaba a pesar de la vastedad plena de ruidos y en la que confluían remolinos de voces, órdenes agudas, graves, carcajadas burlonas, música estridente, tormentas de alborotos; a pesar del panorama, con la ayuda del vigilante, pudimos atraparlo con una sábana, lo retuvimos y lo trajimos al mundo del silencio. Por lo menos, habíamos ganado esa batalla contra el ruido.

En ese mes de diciembre, observaba —aunque ya sin sorpresa— cómo muchos vecinos en las esquinas esperaban ansiosos el tornado. Otros, se desvivían en la mitad de la cuadra, incluso, se formaban pleitos entre ellos porque todos querían ser los primeros en montarse en aquella montaña rusa de ruidos.

Nunca me imaginé que el ruido fuera como un manjar, un plato exquisito para mucha gente.

Así que —amarrada a unos barrotes y con tapones en los oídos— presencié cómo la tormenta envolvía—elevaba a varios miembros parlanchines del Concejo Municipal, a una banda de músicos, a una tropilla de loros verdes, al prestamista y al borrachode la cuadra, a la lenguaraz de la esquina, a tres jefes de finanzas de negocios ilegales, al templo del barrio con su pastor a bordo y al equipo de fútbol del barrio; lo alarman—te para mí era que se les veía tanta felicidad en los rostros que su despedida no fue con las manos sino con bailes, juepajes y carcajadas.

La emisora que divulgaba las noticias trágicas de la ciudad, esta vez armó su barullo de noticias informando los detalles del viaje y también se fue cielo arriba, apoyando el cargamento. Todo iba enredado entre truenos, sonidos ruidosos y vientos zumbones.

Hoy, continuamos pendiente de los últimos detalles de la tormenta de ruidos que se aproxima. El Instituto Nacional de Meteorología, el Organismo Oficial del Estado, ha pronosticado una tormenta de ruidos para las 15 horas. El vigilante nos recordó:

—Ya ordené a los vecinos, los que estén de acuerdo, que se amarren a los barrotes de la terraza. Aquella vez, se los advertí varias veces, pero no me hicieron caso.

—¿Qué dicen en la radio?—preguntó mi esposo quien desenredaba unas sogas.

—Se han suprimido los informes. Tal vez quieran evitar el pánico —me dijo el vigilante un poco molesto

—Al contrario, la gente anda feliz, y los dueños de la emisora dicen que seguirán el ejemplo de la anterior emisora, que se dejaron arrastrar por la tormenta —dije aclarando lo anterior.

—¿Y qué comentan los vecinos, los dueños del Gran Píjua, ese enorme picot? —inquirió mi esposo de nuevo aún con las sogas en las manos, sin poder desenredarlas.

—Dicen que ellos también esperarán que aparezca la tormenta del ruido para irse con ella —respondió el vigilante.

—Usted sabe, señor vigilante, que los sábados, los domingos y los festivos se tornan terribles en el barrio por el alto volumen con el que escuchan la música, no dejan ni hablar ni dormir —agregué. —A pesar de los llamados de atención que usted les ha hecho, les ha importado muy poco. No son personas conscientes del daño que les causan al otro —terminé de explicar.

—Esta tormenta de ruido que se avecina es como la tormenta de arena que se da en el desierto del Sahara: son súper peligrosas —anotó el vigilante con gestos temerosos.

—Las autoridades aún no han visualizado el problema que causará el ruido en el futuro, se ha convertido en un elemento perturbador de la sociedad y del

individuo. Es un dolor de cabeza para las autoridades porque no han encontrado el camino correcto para bajar sus decibeles. Ni siquiera la elemental ocurrencia de un Código de Policía para la convivencia lo ha podido aguantar —intervine.

El sol ha bajado un poco. Mi esposo y yo recordamos con nostalgia la importancia del silencio en los días y en las noches, que nos permitía descansar. La luna, las estrellas, brillaban en el silencio de la noche. Mientras pensamos en aquellos paisajes, a lo lejos, un trueno nos anuncia la cercanía del infierno para unos; para otros, el paraíso. La tormenta se aproxima arrastrando el imperio del ruido.

Mis vecinos (yo los llamaría ruidófilos) han salido a la calle con maletas y bailan entre risas y gritos, como quienes esperan el tren en una estación y luego se montan llenos de alborozo rumbo a otro lugar más apetecible.

Cuanto más se acerca el ruido, el ambiente se vuelve pesado, ensordecedor. La fuerza que trae es violenta y me obliga a revisar los nudos de los amarres o a colocarnos los audífonos o taponarnos con cera los oídos como nos indicó el vigilante.

En las terrazas, la gente que gusta del silencio no ha dejado de rezar ni de solidarizarse. ¿Cuánto durará esta tormenta?, es la pregunta que se nota en sus ojos. En medio de la bulla de los truenos, de las risas, de los gritos alegres, de las vociferaciones, de los zumbidos, consideramos que, en esta ocasión, serán muchos más los que se unirán a la tormenta de ruidos y menos los que nos quedaremos sumidos en la mudez.

Justamente cuando ya tenemos puesta la confianza en las cuerdas y los barrotes, nos convertimos en los testigos de la fuerza natural del tornado que arrastra familias enteras que, en vez de llorar, lanzan gritos de júbilo, saltan de gozo, como les llamó alguien, “los viajeros de la alegría y del fandango”. A estos, se suman grupos de tamboras, picots, parlantes, lo que hace el bulto enorme, que da vueltas en el cielo, llevando en su girar a mujeres de carcajadas incontrolables, a jóvenes champeteros, sonrientes, a hombres gritones, a niños caprichosos, a niñas lloronas, a políticos con discursos falsos en alta voz. Nosotros acá, amarrados, pero profundamente contentos porque vemos cómo la tormenta de ruidos se aleja, se aleja y desaparece cielo arriba.

Hay luz, paz y silencio.

Sin embargo, yo siento en mi corazón que la incertidumbre no se terminará porque muy pronto, regresará otra tormenta del ruido y se llevará otro cargamento de personas quienes ya se están preparando en las casas, en las esquinas y en las parrandas escandalosas, violando —sin importarles— el derecho al silencio de los demás.

Me libero de las cuerdas y de los tapones en los oídos; luego, desato a mi esposo quien suelta una carcajada de libertad. De pronto, una frase suya me deja confundida:

—De ahora en adelante no quiero que me amarres más. Voy a enfrentar la tormenta de ruidos —me aclara imprimiendo un tono desafiante.

Mi instinto femenino me indica que el mundo del ruido está socavando sus principios.

28-09-2019

Santa Marta, cerca del mar.

Contenido

Campanazos de libertad	13
En mayo florecen los jazmines	21
¿Quién ha visto a Donaldo?	25
Polito, el hijo del señor del billar	33
Él solo quería tener un mochuelo	45
Encrucijada	53
Tormenta de ruidos	63

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 24 días del mes de noviembre de 2021, el mismo día del año 1907 en que nace el Líder wayuu, luchador social y étnico conocido como *Wushojolo* y El Pacificador, llamado Nemesio Montiel Polanco Epieyú.